

la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

Un amigo me envió un recorte de La República titulado "Ramón Díaz concuerda con algunos postulados de Tabaré Vázquez". Allí se reproducen dichos míos en los cuales el cronista encuentra semejanzas con la postura adoptada por el líder de la izquierda, a propósito del canje de deuda que, en estos momentos, nuestras autoridades están negociando con sus acreedores. Se podrán imaginar la preocupación que me entró.

Traté de tranquilizarme diciéndome que, después de todo, no sería la primera vez que me equivocaba; pero revisé los documentos, así como mi memoria, y me volvió el alma al cuerpo. La coinci-



Uruguay sí tiene un problema estructural, pero no es de insolvencia: el problema es que ha llegado al máximo tolerable de carga impositiva

Vázquez y yo

dencia con el probable candidato por el FA no era, por fortuna, más que superficial, y aún así más aparente que real.

Yo saqué el tema en las primeras semanas del gobierno de Jorge Batlle, sosteniendo que el nuevo presidente jugaba la suerte de su gobierno en el presupuesto. Los años de bonanza anteriores a la crisis desencadenada por la devaluación brasileña nos legaron una deuda pública muy elevada. No tan elevada, en términos del PIB, como la que el propio Sanguinetti heredó del régimen de facto, aquella resuelta merced al notable crecimiento que nuestra economía alcanzó en los años 1986 y 1987. Mi inquietud en los albores de la administración Batlle no fue la magnitud de la deuda, sino la perspectiva oscura que creía divisar cuando el presidente dejó pasar la instancia decisiva del presupuesto, sin comprender las dificultades que enfrentaría para procurar el necesario financiamiento del gasto presupuestal, el servicio de la deuda inclusive. Fue entonces que escribí que la suerte del país desembocaría en un *default* si no bajaba el costo del Estado y, crucialmente, si no rebajaba sustancialmente los

impuestos. Sin confianza del público y de los inversores del exterior en cuanto a que las finanzas públicas se mantendrían estables, no habría inversión ni crecimiento, sino una progresiva contracción, y, si pretendíamos enfrentar la situación cobrando más impuestos, sólo conseguiríamos precipitar el colapso. Eso que yo temía es lo que pasó.

Vázquez nunca sostuvo nada por el estilo. Nunca dijo que había que reducir drásticamente el gasto público a fin de poder reducir los impuestos aun en mayor grado. Durante los gobiernos de Sanguinetti y Lacalle la izquierda sólo supo decir que los gobiernos practicaban el neoliberalismo, nunca que gastaban demás, que les sobraban una enormidad de empleados, y que los impuestos desestimulaban la inversión. Jamás se aproximó siquiera a explicar qué clase de política se requeriría para reactivar nuestra economía, y que él se proponía poner en práctica, si llegaba al poder. Nunca. Ni durante en las últimas elecciones, en que fue candidato, se elevó por encima de los lugares comunes. Lo único sincero de las declaraciones de Vázquez sobre el tema es la aprehensión que siente ante la posibili-

dad de que, si el gobierno consigue una conversión de la deuda, y si llega a ser electo en octubre/noviembre de 2004, sea él quien tenga que declarar el *default*. Y sobre eso sí que estamos de acuerdo. Con un triunfo del FA en 2004 nuestras chances de evitar el *default* se harían humo. Y si no aceptan esto, que digan qué es lo que harían ahora con el poder, y por qué su programa sería reactivador. Estoy seguro que no dirán ni "mu".

En la audición de Emiliano Cotel, éste le señaló a Vázquez que "el gobierno dice que hay un problema de liquidez y no de solvencia". Ante lo cual el líder izquierdista repuso: "Nosotros creemos que es un problema de solvencia, no de liquidez". Es ése el tipo de juicios a que Vázquez nos tiene acostumbrados: si mi contrario dice blanco, yo digo negro. Pero, si usted va a esperar que le explique por qué blanco está mal, y negro bien, elija-se un sillón bien mullido. En realidad, de la proposición del gobierno, lo que cabe decir es que carece de mayor sentido. En los bancos la diferencia es muy clara. Los bancos, en su activo, tienen básicamente caja y carteras. Si la caja no les alcanza para pagar a sus acreedores

(depositantes, obligacionistas, etcétera) están ilíquidos. Entonces pueden vender carteras, así volver-se líquidos, y pagar. Si no pueden hacerlo es que están insolventes. Pero el gobierno no tiene propiamente caja, sino el flujo de entrada de ingresos fiscales y el flujo de salida del gasto público, que incluye los servicios de la deuda. Si al gobierno no le alcanza con el flujo de ingresos fiscales para hacer frente a sus obligaciones, tiene dos caminos: aumentar impuestos y bajar gastos. Esta operación es similar a la venta de carteras, en cuanto a que no es estructural. Supongo que es en ese sentido que algún vocero gubernamental lo usó. Pero es difícil definir que podría significar la insolvencia de un Estado. ¿Por qué sería imposible, a la vez, aumentar los impuestos y reducir los gastos, sin límite en el tiempo? Tal vez Vázquez debería pedirle a algún asesor que se lo explicara. En una declaración formulada el mismo día que la anterior, presuntamente cuando alguien le dijo que su falta de acuerdo con que el gobierno tiene problemas con su liquidez es disparatada, rectificó sus palabras. "Uruguay no solamente tiene un problema de liquidez coyuntural",

afirmó, "también padece de insolvencia estructural". Lo que formalmente está mejor, pero sigue hallándose totalmente vacío de verdadero contenido.

Uruguay sí tiene un problema estructural, pero no es de insolvencia. El problema estructural consiste en que ha llegado al máximo tolerable de carga impositiva. Cuando se precipitó la crisis en 1999, intentó cubrir la brecha entre ingresos y egresos aumentando impuestos, pero sólo consiguió aumentar el déficit. En esto se reprodujo un error argentino, imputable a De la Rúa y Machinea, y hasta hoy seguimos subiendo los impuestos y reduciendo la recaudación. Quiere decir que, de los dos instrumentos que al gobierno podrían haberle servido para mantener su estabilidad financiera, se quedó con uno solo: la reducción del gasto. Pero no sólo en la medida necesaria para reducir drásticamente el déficit sino además para rebajar sustancialmente los impuestos. Esto no es fácil políticamente, pero en poco tiempo veríamos a la economía uruguaya creciendo y a los puestos de trabajo multiplicándose. Y no hay otra manera. El presidente Batlle dice y repite que el secreto está en conseguir que EEUU vuelva a comprarnos carne, pero ello sólo indica que no tiene idea de los órdenes de magnitud que están en juego: lo

La izquierda no se eleva por encima de los lugares comunes; nunca dijo que los gobiernos gastaban demás y que sobraban funcionarios

que él busca es positivo, pero en modo alguno suficiente para convertir la actual contracción en expansión.

Más sintéticamente dicho, lo que hay que hacer es transferir trabajadores del sector público, donde su productividad media es bajísima, al sector privado. Para ello necesitamos que la baja de impuestos aumente el consumo y la inversión. Durante un tiempo el ahorro de gasto no será aprovechable íntegramente, porque habrá que servir subsidios a los funcionarios cesantes, pero la confianza de los inversores se captaría instantáneamente, porque verían que el Estado uruguayo habría quemado las naves, como Hernán Cortés. Ahora pregunto: ¿ustedes lo ven a Vázquez liderando al país en esa dirección?